



ARCHIVO FILOSÓFICO ARGENTINO

Academia Nacional de Ciencias de Buenos Aires

Centro de Estudios Filosóficos Eugenio Pucciarelli

EL PUEBLO: JAPÓN

Vicente Fatone¹

eda ni kaerasu
(La flor caída no vuelve a la rama)
Proverbio japonés.

EX ORIENTE LUX

Era costumbre no ver en el Japón más que la antítesis de Occidente; y, por la sugestión que ejercían los detalles curiosos englobados sin sistematización ni interpretación en las novelerías a lo Gómez Carrillo, se tenían nociones cada vez más erróneas de los distintos aspectos de la civilización nipona. Se consideraba suficiente saber, por ejemplo, que en el país del sol naciente las construcciones eran comenzadas por el techo, que las mujeres se ennegrecían los dientes a fin de embellecer la sonrisa², que se enterraba sentados a los muertos, que la mano izquierda simbolizaba lo justo, etc., para inferir una división insalvable entre blancos y amarillos. Y aun hoy se contempla a Oriente con infantil criterio exotista, sin que se intente precisar los conceptos a él relativos mediante una visión amplia y de conjunto obtenida por la evolución histórica; la China y la misma India estaban, hasta hace poquísimos tiempo, excluidas casi por completo de la enseñanza; la filosofía de esos países es casi desconocida en

¹ Publicado originalmente en *Misticismo Épico*, Sociedad de Publicaciones El Inca, Buenos Aires, 1928.

² Esta costumbre subsistió hasta la Restauración. La emperatriz, dando el ejemplo, fue la primera mujer que dejó de teñirse los dientes. (Si se escribiera una historia de la coquetería, las sensuales mujeres del antiguo Egipto, cantadas por Ptah Hotpú, que se teñían de azul la cabellera, habrían de ceder la primacía del refinamiento a las mujeres niponas, las más coquetas de la tierra).

nuestro ambiente -y también en Europa, donde apenas algunos especialistas, por lo general filólogos, se atreven a hablar del tema con respeto-; y lo mismo puede decirse de su historia. (Recuérdese lo referente a Azoka que anotamos en nuestro ensayo sobre Francisco³). En lo que al Japón respecta, basta confesar que Qda Nobunaga, Yeyyasu, Hideyoshi. son nombres que ni siquiera *nos suenan*. Y gracias si llegamos a sospechar, a través de las simplezas de cualquier Héctor Pedro Blomberg, que Nagako Kuni San es una *muchacha* interesante. En ese sentido, China ha tenido más suerte: muchos son los que parecen haber leído a Laocio. Lástima grande que no sean tantos quienes conozcan el Ta Hio, el Lun Yu y los libros de Mencio. Es posible, no obstante, que el interés despertado por las luchas políticas chinas -no tan embrolladas como se cree- provoque en los occidentales el deseo de conocer qué pensaron Confucio y sus discípulos.

No faltará quien alegue infinidad de razones, para excusar su ignorancia acerca de los asuntos del Yamato. Pero conviene no olvidar que razones de la misma índole podrían invocar en su disculpa quienes en Europa suponen que Montevideo es la capital de Buenos Aires. La ignorancia es siempre perdonable, pero no el error; sobre todo cuando este se disfraza en la pedantería de un concepto general más o menos extravagante.

El Japón ha ido experimentado una evolución que lo coloca hoy en condiciones de extraordinaria *similitud* con la Europa y la América formadas durante la guerra. El resultado del conflicto ruso japonés había llamado la atención de los estudiosos, descubriéndoles la virtualidad substancial de la raza hasta entonces relegada a segundo plano en el espectáculo de la humanidad; y no se tardó en creer (resuelto el misterio efectuando un simple cotejo que sólo correspondía a una faz de la realidad: "Japón y Alemania", se dijo, atribuyendo al influjo de las corrientes occidentales el despertar del consabido "sueño milenarista" de Oriente, y sin advertir que los súbditos de Mutsuhito eran esencialmente los mismos súbditos de Ginmu Tenno⁴. Y ni siquiera la clara inteligencia de un Chesterton fué capaz de ver más allá⁵.

³ El autor se refiere a Francisco de Asís, en el capítulo *El Santo: Francisco*, publicado en el mismo libro. *N. de E.*

⁴ Primer emperador del Japón. Fue coronado en 660 a.C.

⁵ Chesterton se ha ocupado de los japoneses en repetidas ocasiones, pero para incurrir en los dislates comunes y hacer algunos chistes. Veamos, si no: "The Japanese have only imitated the worst thing of our worst period: the inhuman commercialism of Birmingham; the inhuman militarism of Berlin." *The Japanese*, pág. 44 de *The uses of diversity*, ed. Methuen.) Entre esas cosas "peores" podríamos agregar...el idioma inglés, aunque parece que los japoneses se han causado de hablarlo. Así lo da a entender el resultado de la encuesta efectuada a mediados del año pasado por el profesor Sasazaki. acerca de si se debía continuar o no enseñando el inglés en los establecimientos educacionales japoneses. El 24% de los 3000 profesores y comerciantes que participaron en la encuesta se declaró por la abolición completa; el 75% por la restricción (de 7 horas semanales de clase, a 3) y sólo el 1% sostuvo la conveniencia de dejar las cosas como estaban. Un banquero contestó lo siguiente: "El tiempo es una cosa preciosa, y es inútil hacer perder el tiempo a nuestros hijos aprendiendo un idioma de que no tenemos ninguna necesidad. *Economicemos las horas de la nueva generación.*" (Véase Stéphane Lauzanne, *Le Japon ne veut plus parler anglais*, en "Le Matin", del 12 de diciembre de 1927). En *A Miscellany of Men*, Chesterton dedica otro artículo a los japoneses (*The Elf of Japan*) comparándolos con los gatos. Y se admira de su "exhaustive treatment of the anatomy of birds and fishes; subjects in which cast are said to be interested" (pág. 245, ed. Methuen). Esto no le impide confesar algunas líneas más abajo: "I love their quaint and native poetry, their instinct

El momento de perplejidad ha pasado. Y ahora que la conciencia occidental se revuelve angustiada intentando encauzarse en las directrices de su destino -entrevistas en el misticismo épico que invade hasta a las potencias aparentemente más consolidadas y menos inquietas por los problemas culturales, como Estados Unidos-, ahora es necesario volver los ojos a Oriente en busca del ejemplo que nos ofrece el país de Ashibara. Porque, precisamente, en el último medio siglo, el Japón ha construido la más vigorosa de las nacionalidades, a base de *misticismo y epicidad*. Misticismo y epicidad: elementos con que también el espíritu occidental restablecerá el equilibrio necesario para la iniciación de la nueva era.

LA DINASTÍA ETERNA

El nihilismo absoluto del sistema de Nagarjuna⁶ -perteneciente a la misma escuela mahayana⁷ de la que derivan las formas de budismo que penetran en el Japón-negando el mundo exterior, negando el yo y hasta el fenomenismo respetado en las especulaciones anteriores, ¿cómo pudo determinar, aunque en forma mediata, el afianzamiento de la extraordinaria conciencia nacional nipona?

El *momentaneísmo* mahayana (inestabilidad fenomenal) había devenido, por evolución natural, *instantaneísmo* absoluto, cuyo corolario último era la negación del mismo tiempo. Nada existe, afirmaba el instantaneísmo, pues el nacimiento y la muerte de las cosas son fenómenos simultáneos. Pero el mundo exterior, sin cuidarse del aserto filosófico, sentaba su realidad presentando un fenómeno innegable aunque único: el Mikado, que subsistía sin solución de continuidad a través de los siglos; el Mikado, que desmentía el *momentaneísmo* y el *instantaneísmo*. Nada existe, concluían las escuelas mahayanas. Pero el Mikado iba realizando la profecía de Amaterasu Omikami: "Nuestros descendientes serán soberanos del país de Ashibara, donde eternamente recogeremos hermosas espigas en el otoño. Vé, hijo mío, y enseñórate de él. Vé. La dinastía imperial durará tanto como el cielo y la tierra". En efecto, la dinastía venía sucediéndose en línea directa desde el siglo VII antes de Cristo. Nada parecía existir, pues, salvo el Mikado. Lógico era entonces que todo, en razón de su fugacidad o instantaneidad, estuviera sometido a la única eternidad conocida⁸.

of easy civilization, their unique unreplaceable art, the testimony they bear to the bustling, irrepressible activities of nature and man".

⁶ Nagarjuna puede ser considerado uno de los más grandes filósofos de la humanidad. Su sistema tiende a la superación del dualismo, pero no del dualismo "occidental" entre sujeto y objeto o entra macro y microcosmos, sino entre cosmos y no-cosmos. (Véase la obra de Ilené Grousset, *Histoire de la philosophie orientale*, ed. N. L. K., donde se hallará, además, una bibliografía metódica y prolija).

⁷ Gran Vehículo, por contraposición al Hinayana o Pequeño Vehículo. Mahayana e Hinayana son las dos ramas en que se dividió el budismo primitivo. Mientras el Hinayana se limita a la salvación individual, el Mahayana adquiere contenido universal. "Son nirvana (du Mahayana) ne pouvait plus être un état négatif et subjectif. En dépit de l'ancienne Communauté, il fallait qu'il se transformât en un état positif et objectif: L'ancienne "extinction" devint ainsi un "Paradis" et la métaphisique fut réhabilitée", (Grousset, *Ibid.*, pág. 209, nota al pie).

⁸ Acerca del valor que la estabilidad del Mikado tuvo en el afianzamiento de la conciencia social japonesa, véase Teruaki Kobajashi *La société japonaise*, ed. Alean, pág. 170 y sig. Para el significado de la persona del emperador como núcleo de esa conciencia, véase Katsuro Hará, *Histoire du Japon*, ed. Payot, 1926, cap. IV.

El Mikado adquiere así el valor de lo absoluto y divino. Debían, por lo tanto, serle referidos todos los actos y dedicadas las vidas, que se desenvolverían plenas de sacrificio y belleza para ser dignas de la persona augusta a la cual estaban consagradas y en cuya, consagración hallaban su única razón de ser. La honra al Mikado involucra además la honra a los propios antepasados, que cimentaron la grandeza de aquél, e incita a imitarlos y emularlos merced a un robusto espíritu de sacrificio. La vida humana se valoriza, en esa forma, sometiéndose a lo eterno por la misma razón que el Mikado,

Y, el mundo vegetal, con sus ejemplares milenarios que lo otorgan una mayor apariencia de estabilidad, impone al hombre el tributo de su reverencia que se manifiesta en una poetización exaltada cuyo símbolo máximo es el antiguo decreto estableciendo que cuando los cerezos estén en flor ningún reo sea ejecutado. Y, por fin, para el hombre, el lobo *-instantáneo* como él- será el hermano lobo,

Cada japonés termina por formarse una imagen franciscana del universo - rigiendo al cual no se halla Dios, sino el Mikado-. No es extraño, pues, que los grabadores en madera del Japón hayan hecho oficiar servicios religiosos de reconocimiento hacia los cerezos cuya sustancia utilizan, y que servicios semejantes ofrezcan los fabricantes de polvos raticidas a los roedores exterminados por sus productos⁹.

INTERVIENE CONFUCIO.

Si la vida no existe, tampoco existe la muerte, -decía el mahayana. La muerte existe, porque existe la vida, -corrige el shintoísmo; pero no es temible, sino deseable en homenaje al Mikado. Y el espíritu práctico de Confucio, decantado a través del espíritu japonés, se interpone para concluir; ¿La vida existe? Hagamos entonces hermosa la vida.

EL SHINTOISMO, RELIGIÓN DE VIDA

El *culto* de los antepasados, que termina por convertirse en verdadera religión, es, a pesar de consistir en la veneración de los difuntos, una religión de vida. En el shintoísmo se considera que los kami (dioses familiares) rigen el presente. De ahí que se lleve a los niños, la primera vez, al templo shinto, y no al de Butsu (Buda) que es quien rige la muerte y el futuro. (La sola presencia de un monje budista en una ceremonia matrimonial es temida como presagio de desdichas)¹⁰.

Los niños aprenden, por toda educación religiosa, a prosternarse ante el altar familiar (kamidan) que todas las casas poseen, sin que esto implique el olvido del culto ante el butsu dan. Aunque el shintoísmo cumple formalidades cual la de hacer talismanes infantiles que encierran un trozo de cordón umbilical que se quemará, si el niño muere, como rito de reencarnación¹¹, nada dice ni enseña en forma expresa y

⁹ Paul Claudel. *Un cop d'oeil sur l'âme japonaise* –discurso a los estudiantes de Niko -en *La Nouvelle Revue Française* del 1 de octubre de 1923. (En este discurso, el gran poeta católico de la Francia contemporánea declaró que la *Anthologie japonaise* jamás abandonaba su mesa de trabajo).

¹⁰ Hitomi. *Le Japon*. pág. 215.

¹¹ Cocekia, *Il Giappone vittorioso*, pág. 45,

concreta acerca del destino humano, ni impone otra obligación que la visita periódica al templo de Amaterasu. Así el Koziki -primer libro escrito en japonés- en que se funda el shintoísmo, se reduce a una simple recopilación de tradiciones.

El valor del shintoísmo, su vigor, residen en ese su carácter tradicional, en ese su culto del pasado. La tradición, el pasado, le transmiten la savia necesaria para hacer florecer el presente.

EL INSTINTO MORAL

¡Si no es temible la muerte, ¿Cómo puede serlo el dolor? . . .

Todo japonés deberá, pues, desarrollar su fudoshin, su inmovilidad de corazón tendrá sus ceremonias. los kwanshin no, que le habituarán a presentar al dolor la para el occidental desconcertante sonrisa nipona. Sonreirá siempre, hasta hacer de la sonrisa una norma de vida; pero, como reza el proverbio:

Emi no naka ni yaiba wo fukumu,

odiará al que en la sonrisa esconda un puñal. Jamás hará ironía (En la Biblia, se ha observado justamente, no hay una sola ironía¹². En la literatura japonesa no hay ningún ironista de mérito). Será siempre tierno y gentil, "evitando perder la medida y tornarse descortés":

Rai suguréba shitsurep to nara,

Conviene repetir ahora una anotación que hicimos en uno de los ensayos anteriores: La cortesía es "una de las cualidades de Dios". Pero ¿dónde encontraremos una inteligencia más acabada de ese concepto que la manifestada por los japoneses en todos los detalles de su vida diaria y en la misma conversación? Los japoneses entienden por cortesía el evitar todo dolor, toda inquietud, todo fastidio al prójimo. No refieren sus penas, no hablan de sí mismos, no desprecian a nadie. En el lenguaje se observa en seguida la influencia que ejerce la cortesía. Los japoneses tienen un verbo auxiliar de cumplido que se agrega a los otros sin variarles el significado; es el verbo *masi masu*¹³; no emplean el modo imperativo, no se dirigen a una persona sin anteponer a su nombre adjetivos de ponderación. En fin, nada ilustrará esto mejor que un ejemplo. Los escolares, al conversar con su maestra, no se conforman con el lacónico *señorita*, sino que emplean... ¡seis palabras!; O *shishio sama ie moshí aguemasu*¹⁴.

Por último, el japonés aceptará de Mencio las normas de su hombría: "Si no se tiene un corazón misericordioso y compasivo no se es hombre; si no se tiene el sentimiento de la vergüenza y la aversión, no se es hombre; si no se tiene el sentimiento de lo verdadero y lo falso, de lo injusto y lo justo, no se es hombre. Sentimientos que

¹² Si mal no recordamos, la observación pertenece a Leopoldo Lugones y figura en su *Historia de Sarmiento*.

¹³ Véase León de Sosny. *Eléments de la grammarie japonaise*.

¹⁴ Véase F. Magnasco, *Lingua giapponese parlata*, pág. 55 y sig.

son los principios de humanidad, equidad y justicia, de los usos sociales y la sabiduría"¹⁵.

Así encarnado, el shintoísmo es, de acuerdo con la definición de Hearn¹⁶, una religión transmutada en impulsión hereditaria hacia el bien, en un puro instinto moral. En una palabra: toda la vida emocional de la raza, el alma de! Japón.

TADAIMA!

El espíritu de sacrificio, simbolizado en la consagración emperador, ha hecho del japonés el pueblo más paciente de tierra. En el lenguaje no falta la palabra que corresponde a esa modalidad espiritual: Tadaima! (¡Apúrate!, se le dice a un japonés. Tadaima!, -un momento, espera- contesta.)

Paciente, resignado, sufrido, sobrio, al japonés podría serle dedicados los *Poemas del Indio* del poeta peruano. Pero en él se trata de la paciencia, resignación, sufrimiento y sobriedad que en el inofensivo Hamlet señala Papini: Hamlet duda durante cuatro años si debe vengarse o no, hasta que, cuando se decide, mata directa o indirectamente a Polonio, a Ofelia, a Laertes, al padrastro, a la madre y por fin se decide a morir él también "para evitar el definitivo despoblamiento de Dinamarca".

Ese Tadaima, esa paciencia es toda una escuela de energía ascética. Energía, y no fuerza. El Japón es, en realidad, un pueblo débil, pero enérgico. Y así se nos muestra en su deporte nacional: el jiu-jitsu, símbolo y concreción de aquel Tadaima. El jiu-jitsu es el deporte de los que carecen de fuerza: enseña a obtener victorias utilizando exclusivamente la brutalidad del adversario, mediante una energía paciente¹⁷. Así fue como, al igual que en un asalto de lucha mixta, el coloso ruso *se* quebró el brazo entre los dedos del enano japonés.

EL BUSHIDO

En la primera mitad del siglo XII, Doyen inicia la reforma de la secta Zen creada por el monje Eisai como derivación del dyanismo introducido en el Japón por Dosen en 729. Doyen hace -del tíyanismo, de acuerdo con el espíritu de sacrificio y con el culto de la vida, un sistema preciso que contrasta con las nebulosas concepciones del mahayanismo, y que se relaciona, en virtud de aquellas normas éticas nacionales, con el

¹⁵ M.G. Pauthier, *Doctrine de Confucius, ou les quatgre livres de philosophie morale et politique*, ed. Garnier, pág. 287.

¹⁶ Para estudiar el pueblo japonés las obras de Lafcadio Hearn son imprescindibles. Aunque a veces el inglés peque -en sus interpretaciones del budismo, por ejemplo- de un evidente *partis-pris* spenceriano (¡considera, a Spencer el más grande filósofo de la humanidad!) ningún occidental ha desentrañado tan admirablemente como él el secreto del Tamato.

¹⁷"El jiu-jitsu es el antiguo arte samurai de combatir sin armas... El profesor de jiu-jitsu no recurre jamás a su propia fuerza... ¿De qué fuerza se vale, entonces? Simplemente, de la de su adversario. El vigor del enemigo es el único medio por el cual ese enemigo será derribado. El arte del jiu-jitsu nos enseña a obtener la victoria únicamente por medio del vigor ajeno, que, cuanto mayor es, menos vale para nuestro adversario, y más para nosotros...El término jiu-jitsu significa: conquista cediendo", (Lafcadio Hearn, *La Lumière vient de l'Orient*, trad. franc. de Marc Loge, ed. Mercure de France, 1923. Cap. *Jiu-jitsu*).

estoicismo antiguo y algo del heroísmo intelectual de Nietzsche¹⁸, El budismo primitivo, reconocido religión oficial en 552, e interpretado al principio como renunciación, se convierte, al adaptarse al espíritu japonés gracias al zenismo, en doctrina épica.

El bushido¹⁹ se instituye hacia la misma época, contemporáneamente a la asunción del trono por Yoritomo. Deriva de la conjunción del shintoísmo -que le trasmite sus dos principios fundamentales: lealtad al soberano (*sonno*) y amor filial (*ko*)- y el budismo épico de la secta Zen. El misticismo shintoísta y la epicidad zenista conjugan dando así la fórmula del alma japonesa, del Yamato Damashii.²⁰

El bushido -cuya institución por ese pueblo calmo y reconcentrado no podría explicarse si no mediara la amalgama del franciscanismo y la fiereza que palpitan en todas sus acciones- carece de codificación, a pesar de ser un verdadero código del honor caballeresco. Pero carece de ella porque no la necesita. Sus sanciones están rígida e inflexiblemente determinadas por el "último y supremo tribunal", al decir de Balbi²¹: el *renchishin* o sentido de la vergüenza. La pérdida de éste implicaba, como lo había enseñado Mencio, la pérdida de la condición de hombre.

Se intensifica, con el bushido, la noción shintoísta del imperativo moral, del deber a cumplir (*gi-ri*), único fin de la vida. Para actuar y desenvolver ese *gi-ri*, el Japón tuvo los samurais. Mientras el pueblo se atenía aún al shintoísmo puro y los teorizantes se conformaban con el budismo zenista aislado, los samurais comenzaban a imprimir a la nacionalidad la febril aceleración inherente a todo misticismo épico. Los samurais encauzan su vida en la triple vía convergente del *chi*, o sabiduría, del *yu*, o valor, y del *yin*, o benevolencia. Sabiduría, valor y benevolencia. En otras palabras, intelecto, acción y sentimiento. Los tres momentos del espíritu humano, las tres virtudes cardinales de la estirpe nipona simbolizadas respectivamente en la gema, la espada y el espejo que el Mikado viene heredando desde Hiko Hono Minigo No Mikoto,

El samurai lo sacrifica todo al Mikado: su vida y la de los suyos. Y el Mikado le retribuye ese sacrificio con paternal aspereza, imponiendo al incumplimiento del *gi-ri* las más rígidas penalidades. Bajo los Minamoto, por ejemplo, el samurai adúltero sufría destierro y confiscación de bienes, en tanto el campesino estaba obligado, en iguales circunstancias, a pagar una pequeña multa²². Ese concepto del sacrificio hace que el samurai tenga por ideal a Yamato Dake, el hijo de Keiho, que, lanzado a la conquista de Kwanto, no vacila, para aplacar al mar adverso, en obedecer a los oráculos que le exigen la entrega de su esposa a las aguas. Sólo una vez terminada la, empresa, Yamato Dake

¹⁸ Grousset, Ibid., *Apéndice*.

¹⁹ Para el bushido, véase la obra de Nitobe, *Bushido, el alma del Japón*, difundida en la edición castellana de Daniel Jorro.

²⁰ Pidiéndole a un japonés amigo que nos aclarara el sentido de la expresión *Yamato damashii*. lo vimos transfigurarse. Y nos dijo sonriendo: ¡Oh!; Eso no se puede explicar!

²¹ *Yamato damashii. La Psiché e la virtù belica del popolo giapponese*. (De Balbi no deben consultarse las traducciones de poetas japoneses, porque carecen de indicaciones bibliográficas, lo cual extraviaría, al lector no iniciado; recúrrase siempre a la *Anthologie japonaise* de León Rocín, París, 1871. Su *Manuale di scrittura giapponese* es, en cambio, una, pequeña gramática muy recomendable.)

²² Hitomi, Ibid., pág. 217.

volvió a la playa a contemplar el mar en que había arrojado a su musumé²³, dejando escapar, al hallar sobre la arena la peineta de la amada, su dolorida invocación; Adzuma! Adzuma!... Pero Kwanto había sido conquistada.

Sólo así el pueblo glorificará al samurai, al hombre “que no sirve a dos señores”, y le rendirá el culto de su admiración, manifestarlo en el auge que adquiere el teatro épico. Hasta las bailarinas profesionales, que aparecen a principios del siglo XII, les tributaron homenaje vistiendo en sus danzas trajes de samurais y haciendo consistir sus motivos coreográficos en asuntos guerreros. En esa forma el misticismo épico contagia a las mujeres. Porque la danza es una plegaria en acción. Y los japoneses entendieron esto; mejor que nadie: la estancia contigua casi a todos los recintos dedicados al culto shintoísta es una sala de danza²⁴.

EL HARA KIRI

El samurai usará, además de la espada con que realiza su obra de engrandecer al Mikado, otra arma pequeña encargada de advertirle qué destino le espera si no sabe llenar su cometido: es el puñal que desenvainará una sola vez, cuando necesite salvar el honor en kataki-uchi, en desagravio al soberano. Con él se abrirá el costado del vientre, refugio del alma, para luego seccionarse las arterias del cuello, como Xogi Kiten. Si las fuerzas no le alcanzan para esta segunda operación, hará intervenir al amigo íntimo que, oficiando de padrino (kaishaku), cumple la piadosa misión de degollarlo.

Bastará a veces ser objeto de una leve, de una levísima ofensa para, en cambio de dar correctivo al ofensor con la venganza, entregar la vida por el triunfo de la rectitud, en la seguridad de que el que ha inferido la ofensa se enmendará con el ejemplo. No en vano el samurai aspiraba al calificativo de gishi, de hombre recto... Y en una oportunidad cuarenta y siete samurais, los cuarenta y siete ronin, los cuarenta y siete gishi, han de sentarse en rueda para entregar a un tiempo sus vidas en desagravio al jefe que había sido ofendido por otro señor, y para dignificación de éste.

Ese concepto del honor y del desagravio -aparentemente antitético al concepto occidental expresado en el duelo por oposición al bushido- se filtra a la masa. Y desde entonces entregan sus vidas para *vengar* una ofensa, no sólo los samurais, sino los hombres de la masa. Cuando el Mikado haga inscribir en los templos la expresión lacónica de su dolor por la tentativa de asesinato de que fuera víctima el zarevitch que visitaba el Imperio:

Tettshi sama go shitupcti

²³ Permítasenos una aclaración filológica. Es *musumé* y no *musmé*, como se escribe por ahí. En japonés la *u* y la *i* se pronuncian a veces débilmente, pero nunca son muelas. (Véase L. Silvestre Frota Giurleo, *Saggio d'un corso completo di lingua giapponese..., edizione autografata*). La *u* final, únicamente puede ser muda. Se trata, sin embargo, de una particularidad dialectal. (Véase F. Magnasco, *Ibid.*, pág. 5 y sig.)

Y, a propósito del idioma japonés, quizá no carezca de sabor recordar que un vicecónsul de nuestro país en el Japón, el Señor Salvador Chimenz, es profesor de italiano en la universidad de Toldo, y autor de un *Piccolo Dizionario italiano-giapponese* que publicó la casa Hoepli.

²⁴ Katsuro Hara, *Ibid.*, pág. 37.

(el hijo del cielo sufre augusta tristeza), no será únicamente el capitán de la guardia quien se abra el vientre al recibir la espada y la breve esquila del emperador, sino también una musumé de dieciocho años; será Yoto Hatakeyama la que abandonando la casa paterna haga hara kiri en las gradas del palacio, para desagraviar al príncipe extranjero y aplacar la tristeza del Mikado dolorido.

Los samuras resucitan en esa forma la tendencia a! sacrificio de la vida, que en los comienzos de nuestra era se manifestaba en el suicidio de las personas más afectas a los difuntos. Sui Nin había abolido esa costumbre; pero el bushido, trasplantado a la masa, la resucita purificándola, idealizándola y dándole contenido ético en el hara kiri. No faltarán más tarde, en la boga positiva, exégetas que nieguen tal pureza, tal ideal y tal contenido, atribuyendo, por ejemplo, al temor de morir de hambre la causa del suicidio de los cuarenta y siete ronin. Pero el pueblo seguirá yendo a visitar reverente las tumbas de esos hombres rectos alineadas a lo largo de la Gran Avenida del Topaido.

Y después de esto, ¿quién se atreverá a tomar en serio la afirmación de Chesterton de que el japonés, a diferencia del mártir cristiano, no ama la muerte *para* la vida, sino *por* ella?

UN POCO DE HISTORIA

En 1549, aproximadamente mil años después de haber sido reconocido el budismo religión del Estado, llega a Kagoshima San Francisco Javier, a iniciar su campaña en el pueblo más cristianizable de la tierra²⁵. Oda Nobunaga, el jefe que tuvo poder dictatorial sin alcanzar, en realidad, a ser shogun (generalísimo, especie de mayordomo de palacio)²⁶; el hombre odiado por todo japonés, el que enfáticamente exclamaba: "Yo solo soy el Dios supremo", ayudaría mas tarde a los jesuitas, minando la religión oficial. Pero Mitsahide inicia una revuelta, asalta el palacio de Nobunaga, y éste, en la contienda, herido de un flechazo, se elimina haciendo hara kiri. Con su caída se enardece la campaña antijesuítica, e Hideyoshi, -el shogun surgido de la plebe, que emprendió la expedición a Corea para fundar un imperio continental- intenta exterminar a los cristianos. Hideyoshi no era un daymio (señor feudal), sino un simple servidor de Xobunaga, de quien obtuvo el grado de general. Por ello halla su mayor obstáculo en los nobles, quienes lo motejan de "mono coronado" (*Sara kwanya*) y le impiden obrar hasta que el Mikado interviene para conceder tregua a los cristianos perseguidos. La tregua dura poco, pues Yyeyasu (el jefe que hace hereditario el shogunato) reanuda la persecución en forma íntegra!, bregando entre otras cosas por el restablecimiento de la antigua organización de las castas cerradas²⁷; y su hijo Hidletata hace prohibición expresa de la nueva religión y decreta la muerte para todos los cristianos que lleguen al país. Veinticuatro años después (1636), bajo Yemitsu, el tercer Tokugawa²⁸, los deymios conversos, a la cabeza de 40.000 samurais, se revuelven en la península de Shimibara

²⁵ Una elemental razón de probidad intelectual nos impone el deber de citar no solamente las opiniones favorables a nuestra tesis, sino también las opuestas. Lafcadio Eran niega rotundamente que exista la menor posibilidad de cristianizar al Japón. Las seiscientas mil conversiones logradas por los jesuitas no le parecen gran cosa. (Véase el cap. *Jiujutsu* de la obra antes citada).

²⁶ Shogun es la forma abreviada de *Shei-i-tai-shogun* (generalísimo de la expedición contra los bárbaros).

²⁷ Para la organización política y social de Yyeyasu, véase Hitomi, *Ibid.*, pág. 42 y sig.

²⁸ Para los Kotugawa, Emile Hovelaque, *Le Japón*, ed. Flammarion, París.

bajo la enseña de la cruz, siendo derrotados tras una de las gestas más heroicas de las luchas internas del Japón, que terminó con el hara kiri del jefe de los rebeldes, en cumplimiento de una orden superior.

CRISTO Y LOS SAMURAI

De esas luchas religiosas no era responsable el Mikado. Este, obscurecida su autoridad por los mayordomos de palacio o shogunes, se limitaba a refrendar los actos de los jefes que de hecho lo habían suplantado. El pueblo, educado en el shintoísmo, en ese culto ciego del emperador, no podía estar con los shogunes, pues estos se le aparecían como usurpadores de los derechos del hijo del cielo; si se había levantado contra Nobunaga por ver en él al enemigo más peligroso de la tradición, se encarnizaba también contra el cristianismo invasor porque la religión extranjera se había aliado al shogunato, ultrajando así la dignidad del Mikado.

Por ello el pueblo aplaude el martirio de Sidotti²⁹ y termina por adquirir de la religión intrusa el concepto que en sus Seiyo Kibun expresara Hakuseki³⁰.

Pero Hakuseki, y con él el pueblo, no podía advertir la extraordinaria semejanza de las enseñanzas del misionero católico y la religión nacional. El historiador japonés no supo descubrir que en aquel hombre "de tan asombrosos conocimientos" palpitaban las virtudes más características del pueblo de Yamato: la cortesía -esa manifestación social de la caridad cristiana-, que alguien dijo³¹, la carencia de ironía, el espíritu místico, la epicidad...

Sidotti explicó la moral cristiana. Hakuseki defendió el shintoísmo. Ambos se enfrentaron como enemigos, y de ahí que no alcanzaran la similitud que existía entre la prédica del uno y las convicciones del otro. *Hakuseki no entendió que Cristo, salvando mediante el sacrificio de su vida a los hombres que habían ofendido a su Padre, era el símbolo ideal de la moral del bushido y de los samurais que se mataban para corregir a quienes ultrajaban a su señor.* Sidotti no atinó a explicar esa coincidencia porque desconocía la verdadera esencia ética de los hombres que ansiaba convertir. Se admira de que Hakuseki, a su vez, no entienda la redención de la humanidad por el sacrificio de Cristo. Es que tampoco Hakuseki sospecha que el Dios de Sidotti, haciéndose hombre para morir por sus ofensores redimiéndolos y salvándolos, es la síntesis suprema de la raza de los samurais que se abrían el vientre para corregir al que les infería una ofensa.

Sidotti y Hakuseki defienden, sin tener conciencia de ello, las mismas normas éticas, con la sola diferencia de que el uno tiene, como objetivo del heroísmo que

²⁹ El martirio del Padre Sidotti no está bien determinado, y tal vez no sea más que una leyenda. Según ésta, Sidotti habría sido quemado.

³⁰ Hijo de un daymio de Kaduza, y daymio a su vez. En su autobiografía dejó una preciosa pintura del señor de su tiempo. Por orden de Yyenoba escribió una historia en 30 volúmenes, que estudia los daymios desde 1600 hasta 1680, y otra del Japón, que abarca dos mil años. Fue el encargado de interrogar a Sidotti acerca de la naturaleza de su prédica religiosa; de las conversaciones que con él sostuvo salieron sus notas sobre *El Océano occidental*, donde analiza la religión de Jesús. (Véase...G, Aston, *Littérature japonaise*, trad. franc. de Henry D. Davray, ed. Collin, 1921, pág. 235 y sig.)

³¹ Creemos haber leído ese aserto hace ya muchos años, en un librejo de J.J.García Velloso, *Literatura Castellana y Argentina. (Deis del...)*.

predica, la imitación de la divinidad; y el otro, el afianzamiento de la conciencia nacional.

No supieron comprender, además, que si el Mikado parecía llegar a ser eterno como el cielo y la tierra en razón de su continuidad, de su *estabilidad* a través de los tiempos, también lo parecía el papado, igualmente *estable*. Tal vez se hubieran entendido, si, colocándose en un mismo plano exento de especulación trascendental, hubiesen descendido a fórmulas y ejemplos concretos. *Sidotti podía demostrar que la moral del samurai, haciendo hara kiri en cambio de matar es la misma moral bíblica.* Achitophel, por lo menos, poniendo fin a su vida porque Absalón rechaza su consejo y opta por el de Chusai Arachita, le facilitaba el ejemplo necesario. ("Mas viendo Achitophel que no se había seguido su consejo, aparejó su asno y se fue a su casa y ciudad; y dando disposición a los negocios de su casa, se ahorcó y fue enterrado en el sepulcro de su padre".³²).

Juez severo el uno, reo altivo el otro, nada de ello se dijeron. De ahí que Hakuseki afirmara que cuando Sidotti hablaba de religión, "la locura reemplazaba de golpe a la sabiduría".

LA RESTAURACIÓN

Los Tokugawa dieron al Japón casi dos siglos y medio de relativa paz. Pero, no obstante ello, el shogunato se tornaba definitivamente antipopular. La masa lo odiaba por ver en él el obscurecimiento de la gloria del emperador; los daymios conversos completaban esperando vengarse de las persecuciones de que venían siendo objeto desde la caída de Nobunaga.

La llegada del Comodoro Perry, que determina la apertura de los puertos - cerrados por Yemksu en 1639 a todos los extranjeros con excepción de los holandese- hace entallar la indignación popular. Y los samurais, organizados en el Sanno-Jioi To /respeto al emperador, afuera los bárbaros -partido) se levantan al grito de Jioi!, pidiendo la abolición del shogunato que traicionaba las aspiraciones nacionales al atentar contra los principios más sólidos de la tradición. Las fuerzas extranjeras se alían al shogun, y los rebeldes son derrotados en 1860, decapitándose a los daymios promotores del movimiento (entre ellos a Yoshida, el llamado "campeón del martirio político").

Desde entonces las revueltas no cesan, y sólo ofrecen tregua cuando, a fugaces intervalos, el Mikado parece reaccionar y volver por sus fueros (al negar su consentimiento al acuerdo de apertura de los puertos, por ejemplo).

Aparece a la sazón, la figura de Saigo Takamori, el samurai de Satsuma que, con Kido, Okubo e Ito -considerados respectivamente la "'pluma", el "cerebro" y el "brazo" de la revolución- dará el golpe definitivo al shogunato decrepito. Saigo, educado en la rígida disciplina del bushido, enamorado ardiente de la gloria del Mikaido, prepara los planes con su amigo Kido, de Choshu, quien, imitando a Ginmu Tenno -que antes de entrar a un combate componía poemas-, halla entre su labor de revolucionario exaltado, momentos para volcar su belicosidad en versos:

³² Reyes, Libro II, cap. XVII, vers. 23.

San zen sekai no
kerasu wo koroshi
mushi to soi-ne ga
shite mi tai.

(Este es mi deseo: destruir los cuervos de los tres mil mundos³³ y luego reposar en paz con el señor de mi corazón)^{34 35}.

La lucha se hace encarnizada; los revolucionarios cuentan, más que con fuerzas bien organizadas, con una gran fe en la pureza de la causa. Ya no existía lucha religiosa; ésta había derivado en una cuestión de defensa política (tomando la palabra en su acepción etimológica) que sacudía la conciencia del pueblo. Si se combatía a la religión cristiana, si se perseguía a los bárbaros y no se transigía con la apertura de los puertos, era por la sola razón de que el cristianismo, el extranjero y el comercio libre se presentaban como enemigos de la grandeza del Miakido y aliados del shogun. El patriotismo y la lealtad, esos "dos caracteres dominantes de la vida emocional de la raza" que señala Kitobe, lastimados, impulsaban la revuelta: el Japón no quería renunciar, ni renunciaría, a lo que más substancialmente constituía su idiosincracia.

El shogunato ya no podía sostenerse. Había prolongado inútilmente su agonía, pues desde la asamblea de Daymios que el mismo Tokugawa había convocado requiriendo consejo por la situación creada al llegar el Perry, el poder había pasado de hecho a manos de los samurais, que eran quienes dictaban las decisiones de sus señores. Keiki, el último shogun, lo comprende así; y, derrotado en su tentativa postrera para dominar a los revolucionarios, aprovecha el coronamiento de Mutsuhito y declina el mando pocos meses después -el 14 de octubre de 1867- retirándose honrosamente. Al siguiente año, los samurais, en representación de los daymios, son convocados a una magna asamblea por Mutsuhito. De ella surgen las declaraciones de la Restauración, cuyos artículos 4.º y 5.º rezaban³⁶:

"Serán abolidas las malas costumbres antiguas, y serán seguidos los caminos de la justicia.

"Extraeremos la quinta esencia de las ideas del mundo entero, para acrecentar la prosperidad del imperio".

Y luego, como profesión de fe en la obra a realizarse, como compromiso ante la posteridad, el emperador declaró:

"¡Si en lo sucesivo hubiera un solo ciudadano desdichado, la culpa sería nuestra!".

EL ULTIMO SAMURAI

La revolución había triunfado plenamente, pero también había determinado, sin sospecharlo, la ruina de sus propios ideales. Quedaba afianzada para siempre la integridad del Mikado, pero el shogunato arrastró en su caída a los daymios y con ellos a los samurais y a toda la caballería andante del Japón.

³³ Los partidarios del Shogun.

³⁴ El Mikado.

³⁵ Trad. Según Hearn, *Gleamings in Buda fields*.

³⁶ Véase en Hitomi, *Ibid.*, el texto íntegro (pág. 55 y sig.).

Saigo había impulsado la revuelta a la consecución de "un programa político que durase mil años"; se había logrado el reconocimiento oficial de la religión popular (en 1868 se declaró al shintoísmo religión de Estado), había muerto el shogunato; se había hecho sentir al extranjero la *energía* de la raza. Pero no tardaron en producirse reformas opuestas al espíritu de los que habían obtenido todo eso; se toma, entre otras medidas, la de considerar en retiro a los daymios -asignándoles una pensión-, o cual significaba la eliminación de los samurais, que, sin señor a quien servir, diéronse a la vagancia en busca de aventuras hasta que en 1876 un decreto del Mikado les retira el derecho a usar espada, relegándolos a la simple categoría de civiles.

El decreto laceraba los más respetables sentimientos tradicionales, en cuya salvaguardia venían trabajando, desde principios de siglo, como si hubiesen presentido el peligro inminente, todos los grandes hombres del país: Rai Sanyo, Motóori (el enamorado fanático del shintoísmo), el eruditísimo Kada Azumanaro, que soñaba para el Mikado el perdido esplendor de las soberbias figuras de Mintoku y Daigo. No faltan, sin embargo, espíritus igualmente enamorados de la patria vieja que quieren suprimir las costumbres más arraigadas; Hirata, por ejemplo, en sus Tama Kucigué, brega por la prohibición del hara kiri.

El decreto de 1876, era simplemente la expresión de un estado de cosas que no sólo se refería a la situación de los samurais, sino también a la estructura misma de la organización nacional. Los samurais no podían resignarse a entregar, en nombre del "progresismo" occidental, la espada con que habían instaurado la reforma. Saigo ve entonces que la lucha contra el shogunato sólo había sido un aspecto de la verdadera lucha a emprender, y se levanta en 1877, al frente de 30.000 samurais, contra el hasta entonces divino Mikado para el cual quería restablecer el antiguo régimen militar. Toda la juventud estuvo con el valiente jefe de Satsuma. Y hasta las esposas y las hijas de los samurais empuñaron las armas en defensa de la tradición.

De nada valió tanto heroísmo, alentando por los primeros triunfos y la toma del arsenal de Kagoshima. El Mikado se había robustecido considerablemente en el último decenio, y pudo, así, dar cuenta con facilidad de los rebeldes.

En la batalla decisiva. Saigo cayó, herido en una pierna. El samurai rebelde sintió despertarse su *renchishin*, y, temiendo ser apresado vivo, llevó la mano al pequeño puñal. Pero le faltaron las fuerzas con que consumir el hara kiri que lo libraría del oprobio. Llamó entonces a su ayudante de campo, y conminóle a que le decapitara. El ayudante adquirió súbitamente la noción del sacrificio exigido, y, sin titubear, dio el golpe; luego, ante el cadáver del jefe, se sentó para abrirse a su vez parsimonioso el vientre.. .

"El jefe de las tropas del Mikado que hallaron el cuerpo de Saigo, le hizo rendir los honores correspondientes a su condición. Y tal vez comprendió, dolorido, que con el último samurai desaparecía la más hermosa institución que haya habido en la tierra.

No importaba. El misticismo épico de los samurais había salvado a la nación.

LA GUERRA, CONCRECIÓN DE ENERGÍAS

Muerto Saigo, desaparecidos los samurais (con ellos se fue también el gran arte japonés) quedó en el espíritu popular una como atroz sensación de vacío. No se tarda en intentar, en 1884, la vuelta a lo antiguo. Pero. . . "la flor caída no vuelve a la rama", reza el adagio:

Ratsu kuwa eda ni kaerasu. . .

Se había vivido precipitadamente, reformándolo todo, y la nueva era parecía no poseer nada del Japón de hacía sólo cincuenta años. La rapidez con que el Japón había abolido el régimen anterior era -dice Hovelaque- la medida de su angustia.

El bushido no podía resucitar como institución, pero sí podía resucitar -y lo logró- como actitud espiritual que afianzase la conciencia nacional. Fue necesaria la guerra con Rusia para restablecer las direcciones morales aparentemente abandonadas: en ella, como en las viejas gestas, el Japón se estremeció en sus fibras más íntimas. Y los sucesores de los samurais (¡que lo eran todos los japoneses!) fueron a pelear sabiendo que iban a morir, sin que nadie albergara la secreta esperanza de salvarse. Fue el misticismo épico de la raza confirmando mil veces el episodio de Wakiza Jibei, el guerrero que, antes de partir a la lucha, donde murió dando pruebas de arrojo insuperable, sostuvo con su madre el siguiente diálogo:

"—Madre: voy a la guerra. Si muriese en ella...

"—Debieras ser todo gratitud para tu príncipe, y decirme: Voy a morir por él. Pero has dicho: Si muriese. . . ¡Vete hijo indigno, que no quiero verte!"

Ya en 1889 se había sintetizado la inquietud espiritual del pueblo en el estudiante de Jokyo que se suicidó dejando estas palabras³⁷.

"¡El universo es vasto, su duración es ilimitada. El hombre, ese enano de cinco pies de altura, quiere alcanzar esta inmensidad... El universo es incognoscible. Inundado de pena por estos pensamientos, y lleno de angustia, me he decidido, por fin, a arrojarme a las cataratas del Kegon".

Las palabras de aquel estudiante eran la expresión del estado espiritual previo a la incubación de la guerra que permitiría al Mikado tornarse invencible mediante el aprovechamiento de tanta decisión y de tanto desprecio a la muerte: decisión y desprecio a la muerte que sólo sienten los que aman la vida. La guerra permitió la concreción de las energías latentes que comenzaban a disiparse en una renunciación panteísta que era la manifestación enfermiza del culto a la vida. El misticismo, que amenazaba degenerar totalmente en lo que la literatura japonesa llamó idealismo apasionado, necesitaba la visión de una gran empresa para sublimarse en epicidad.

Esta empresa fué la guerra, que tuvo para Occidente un significado enorme: para Rusia, la revolución comunista data, moralmente, de los desastres de la guerra contra el Japón.

Y conste que acabamos de citar un pensamiento de Lucien Romier, uno de los mejores intérpretes de nuestro tiempo.

³⁷ Abel Maybon, *Le Japon d'aujourd'hui*, ed. Flammarion, Paris.

ASHIBARA Y OCCIDENTE

Hoy el Japón es algo más que una .fuente de motivos para cuentos infantiles; y despierta admiración y respeto por razones muy otras que su arte decorativo y su sericultura. Basta observar las demasiado significativas deferencias de que le hace objeto la primer potencia de Occidente, temerosa, tal vez, de que un posible conflicto futuro depare al mundo una sorpresa mayor que la deparada por el resultado de la guerra ruso-japonesa³⁸. El Tadaima japonés, ese ascetismo previo a toda epicidad mística, sigue manifestándose en las formas más curiosas: los sacerdotes nipones, con la consiguiente extrañeza de lo yanquis, se trasladan a Estados Unidos, y miran, y estudian³⁹; las luchas civiles chinas no inmutan al enano amarillo⁴⁰ (38) ; al frente del gabinete japonés hay, sin embargo, un hombre que hasta hace poco fué ministro en Pekín: Tanaka, un fascista. ..

...Y todo eso es Tadaima, Tadaima...

Hoy volvemos los ojos a Oriente, pero ya no es China, la pobre China aletargada primero en un democratismo estéril y desgarrada ahora en una lucha más racial que política; ya no es esa "tierna presa del primer llegado", la que despierta recelo: es Ashibara, es el imperio que Amaterasu pronosticó eterno como el cielo y la tierra.

En todo Occidente se imbuye el espíritu de los hombres de Ashibara. La moral del bushido ha venido a revelar el fondo oculto de la moral de Jesús, y hasta en manifestaciones de insospechada raigambre cristiana se descubre la influencia vivificadora de los vientos de Oriente. La «boga de los suicidios por hambre, tan frecuentes desde el sonadísimo caso del alcalde de Cork, ¿qué es sino la moral japonesa (el ofendido muriendo en cambio de matar) despertando la moral cristiana? ¿Hakuseki no ha contagiado a Sidotti ?.. Esa forma especial de sacrificio, llamada huelga de hambre, proviene de Oriente (o,por lo menos, a Oriente se debe su *actualidad*). Suprimido el hara kiri, los japoneses adoptaron el sistema de *dejarse morir*. Recordamos el caso de un monje budista que se dejó morir de hambre para "protestar por el relajamiento de las costumbres". En nuestras organizaciones militares el concepto del honor y del sacrificio es idéntico al concepto japonés, aunque mucho menos *íntimo*: no son raros los casos de

³⁸"En ce qui concerne l'art de combattre, c'est le seul que nous ayons pratiqué depuis l'antiquité; sous les shogunats successifs, cela a été la profession la plus honorée et nous l'avons pratiquée au détriment d'autres connaissances. Bref, c'était une spécialité de l'ancien Japon, et notre succès dans le métier des armes ne prouvait pas que nous ayons fait un progrès énorme dans les autres branches de notre *civilisation*. Cependant, les étrangers, qui avaient été habitués à nous juger de loin, ne virent que le côté scientifique et mécanique de la guerre moderne, dont nous avions su nous servir. Ils soupçonnèrent que si nous avions pu faire nos preuves sur ce terrain d'une si brillante façon, nous devions certainement avoir dépassé, sous tous les rapports, ce à qui ils pouvaient attendre de notre part. Cet état de choses supposé, qui ne leur était pas fort agréable, ils nous accusèrent de l'avoir dissimulé. Ils dénoncèrent donc la fausseté et la dissimulation comme nos vices nationaux, au lieu de s'en prendre à eux mêmes de leurs supputations erronées, dues à leur ignorance des choses du Japon. Bien au contraire, nous n'avons jamais eu la moindre intention de tromper un étranger en ce qui concerne la valeur de ce que nous avons accompli". (Katsuro Hara, *Ibid.*, pág. 305).

³⁹ Véase el artículo de .W.T.Mason, *La "visita" de los sacerdotes budistas a los Estados Unidos*, en *La Prensa*, 3 de Noviembre de 1927.

⁴⁰ Véase el artículo de André Dubosq, *El oportunismo japonés en China*, en *La Nación*, 7 de Diciembre de 1927.

jefes que considerándose ofendidos por haber sido olvidados en un discernimiento de distinciones u otra causa cualquiera, ponen fin a su vida, como Achithopel. Hace poco, un humilde obrero español se suicidó para salvar el honor de la hija ultrajada.

Pero lo importante, lo fundamental, es que el Yamato despertará a Occidente, si ya no lo ha despertado, ofreciéndole el ejemplo que se necesitaba y mostrándole lograda, merced a lo que llamamos misticismo épico, *la conciencia nacional más formidable que hayan visto los tiempos.*